

EL CASO DE LA CAMIONETA

9

MILTON PROPPER



COLECCION

Rastros

La novela comienza fuera de Doylestown en «The Haven», la encantadora casa de campo de verano del acaudalado Oliver y Beatrice Hanna. Con los Hannas durante el verano están la hermana menor de Beatrice, Eva Temple, su apuesto pretendiente Allen Davis y la amiga de Beatrice, Eleanor Munson. Más tarde se incorporará el Dr. Louis Connell que llegará a The Haven, para controlar a su paciente Oliver Hanna, quien sufre de una grave afección cardíaca. Allen Davis, junto con Eleanor, se encargan de recoger al médico en la estación, aprovechando que tienen que acercarse a la ciudad. Utilizan para ello la camioneta Ford de Hanna y Allen estaciona el vehículo en la estación quedando luego ambos en encontrarse allí para recoger al doctor. Sin embargo, cuando Allen regresa con el Dr. Connell, descubre que la mujer está muerta en la camioneta, apuñalada. Afortunadamente, Peter Benton, jefe de policía de Doylestown, sabe qué hacer: llama a su viejo amigo Tommy Rankin, de la Oficina Central de Filadelfia, que está de vacaciones sesenta millas al norte, en Skytop, en las montañas Pocono.

EL CASO DE LA CAMIONETA

Propper Milton

CAPÍTULO I

La mejor introducción al crimen conocido con el nombre de «El caso de la camioneta» es tal vez el artículo aparecido en la prensa de Filadelfia el domingo 2 de julio. En realidad, el caso no comenzó a partir de esa publicación, puesto que ya existían los elementos componentes de la tragedia, consistentes en una serie de acontecimientos, algunos antiguos y otros recientes, de relaciones humanas complicadas, motivos profundos, objetos antagónicos y emociones irrefrenables. Pero el acontecimiento registrado en esa publicación contribuyó inevitablemente al crimen. Este artículo fue un simple e inocente párrafo proveniente de la chismografía local. Apareció en el diario «Record», en la sección dedicada a las actividades suburbanas en la siguiente forma:

«El señor Oliver Hanna y señora, de "Taunton", Chesnut Hill, hospedan a la señora Eleanor Munson en "The Havens", su casa de veraneo, en el condado de Bucks, cerca de Boyleton. La señora Munson era de soltera la conocida señorita Fleming, de Cincinnati, Ohio».

Esta publicación no fue seguida de inmediato por la tragedia, hasta el punto de llegar a sugerir la relación de causa y efecto. Veintitrés días después, o sea, en la tarde del martes, 25 de julio, jugaban al *bridge* en el elegante aunque sencillamente amueblado salón de «The Havens», la dueña de casa, Beatrice Hanna, su huésped, Eleanor Munson y otras dos personas. La compañera de la señora Hanna era una joven de notable parecido con ella, y un joven que vestía traje de golf era el compañero de la señora Munson. Mientras el joven sumaba los tantos del juego, la dueña de casa juntaba las cartas y consultaba la hora en su reloj.

—Con esta vuelta empatamos, y creo que no debemos seguir jugando —declaró ella—. Me parece que esta tarde no hemos prestado mucha atención al juego; además, si piensa hacerme esas compras, Allen, antes de encontrarse con el doctor Connell, pronto tendrá que irse.

—Sí, es mejor que vayamos saliendo —convino rápidamente la señora Munson, poniéndose de pie—. Mis diligencias tardarán un tanto. Voy a alistarme...

—Estoy listo, señora Hanna —contestó Allen Davis, y enseguida murmuró tristemente—: Pero ¡qué manera de ganarnos!, aunque no es de extrañar, si se considera lo mal que jugué.

—No, Allen; usted jugó perfectamente —aseguró la señora Munson—. No fue culpa suya que Eva no tuviera corazones.

—Gracias, compañera. Suerte que no había apuestas... ¿A qué hora dijo que debe llegar el tren?

—A las once y cinco —respondió la señora Hanna—. Supongo que no tiene intención de preocuparse de eso, ¿verdad? Es demasiado tarde para que Berta vaya a la ciudad.

Davis movió categóricamente la cabeza y contestó:

—Para mí es un placer, señora. Veamos: necesita una nueva dosis de esta receta para el señor Hanna; un pote de crema facial «Elite», y el canasto de frutas que pidió a Scotts.

—Exactamente, y recuerde las sales para el baño. Tal vez tenga que esperar un poco la receta. No creo que el doctor Connell cambie esa medicina, aunque pueda recetarle algo más.

La señora Hanna se levantó y atravesó el salón, dirigiéndose hacia la chimenea de piedra y tomó una llave de encima.

—Naturalmente, Allen, usará la camioneta —continuó diciendo—. Aquí tiene la llave. No hay razón para que viajen tres en un coche tan pequeño como el suyo; además,

no habría espacio para el equipaje, y si Eva quiere ir, serían cuatro.

El joven Davis recibió la llave, y enseguida, aproximándose a la puerta, preguntó alegremente:

—¿Viene luego, Eleanor?

—Sí, un minuto, Allen.

La señora Munson terminó de retocarse los labios con *rouge*, y enseguida cerró su *vanity*, reuniéndose luego con el joven; este se detuvo en la entrada y se dirigió a la joven compañera de juego de la señora Hanna, que no se había movido ni tampoco había hablado.

—¿Verdad que no quiere ir, Eva? —preguntó.

Podría haber parecido una pregunta normal y corriente; pero un vigilante observador del grupo habría percibido una extraña y tensa atmósfera. De cierta manera indefinible, la atmósfera era vibrante, y estaba cargada por la preocupación mental de cada uno de los presentes en el grupo. La señora Hanna se encontraba evidentemente intranquila a causa de la enfermedad de su marido; pero bajo esa intranquilidad se ocultaba cierta zozobra que rayaba en miedo. También Eleanor Munson parecía inquieta, y sus vehementes ademanes más traicionaban que ocultaban sus sentimientos. Hasta Allen Davis, a pesar de demostrarse el menos impaciente, aparecía vagamente confundido, como si existiera algo a lo cual no podía hacer frente. Y respecto al estado de ánimo de Eva Temple, este no dejaba lugar a dudas. Su silencio había llegado a ser casi desconcertante, especialmente después que aludió a ella Beatrice Hanna. Ahora sus ojos despedían llamas y su rostro estaba pálido. A la pregunta de Allen contestó:

—No, gracias; tendrá suficiente con la compañía de la señora Munson. Tengo que ir al local de la Exposición, a preparar las decoraciones para la próxima semana.

—¿A esta hora, Eva? —La señora Hanna pareció sorprendida y al mismo tiempo apenada—. Creí que ya habías

consultado al señor Langer. Cuando tú llegues, la obra ya habrá terminado.

—Lo sé, pero celebran una fiesta después —contestó ásperamente la muchacha—. Necesito distraerme y divertirme, quizá también «emborracharme»; es tan horrenda la atmósfera que se respira en esta casa.

Se levantó bruscamente y a grandes pasos se encaminó hacia el invernáculo que quedaba al lado del salón. Un absoluto silencio sucedió a su salida, y una expresión de desaliento atravesó el rostro de Beatrice. Inquieta, fijó sus ojos en Allen. Este, al reparar en ello, se sintió incómodo, pero sólo por un instante. Enseguida la señora Munson, disimulando una leve sonrisa, tiró de la manga a Allen, quien la siguió después de haberse encogido de hombros, con aire indiferente.

«The Havens» se hallaba situada en el campo, en medio de una placentera oscuridad, que comunicaba mayor belleza aún a las estrellas. Los únicos ruidos que allí se percibían eran el agudo chirrido de los grillos y el lejano zumbido de algún motor. La camioneta se encontraba en la calzada para coches junto al roadster de Eva Temple y el cupé color castaño de Davis. Era de color de aceituna, sus costados y la parte posterior de madera barnizada, y el toldo metálico. La parte superior de los costados consistía en ventana de vidrio, que ahora se encontraba abajo, y la posterior era de lona, con una pequeña ventana al centro. Tres hileras de bancos de madera, tapizados en cuero, acomodaban confortablemente a nueve pasajeros.

Allen primero ayudó a subir a la señora Munson; luego tomó asiento a su lado e hizo partir el vehículo. Cuando tomaron el camino real, la señora Munson dijo:

—Tengo entendido que este doctor Connell es famoso, a pesar de que todavía es un hombre joven.

—Exactamente; hoy por hoy, es el médico de moda, y tiene más o menos la edad del señor Hanna —respondió Allen—. Se educaron, creo, en el mismo colegio, o perte-

necían al mismo club; de cualquier manera, son antiguos amigos en cuanto a las relaciones de doctor y paciente. Es por eso que se hospedarán en casa de los Hanna por algunos días.

—¿Y es casado? —preguntó Eleanor, indiferente.

—Sí. —Allen titubeó antes de continuar—. Y creo que no exagero al decir que en gran parte debe sus relaciones y su clientela a su esposa. Ella era Katherine Warren, de Pittsburgh, de los famosos importadores Warren. Él también pertenece a una buena familia; pero su padre, banquero particular, quebró y perdió todo. Y de esta manera, cuando ella se enamoró de él, el doctor Connell era sólo un practicante de hospital y ella le suministró los fondos para instalarse.

—Bueno, no puedo sino lamentar que no sea soltero.

Davis tocó la bocina y tomó el camino principal, aumentando la velocidad.

—¿Cómo así? —preguntó curiosamente.

La señora Munson suspiró y dijo:

—¿No se da cuenta, Allen, que me encuentro sola y, por consiguiente, descontenta? Esta vida de campo es demasiado tranquila, especialmente desde que el señor Hanna no está bien de salud. Pese a mi condición de divorciada, soy joven y, por lo tanto, deseo vivir como tal. Necesito que un hombre de mi agrado me dispense atenciones y me procure diversiones.

—¿Y qué le parecería yo con tal objeto? —preguntó Allen, y en el tono de su voz se percibía mayor seriedad que broma.

—¡Oh!, usted es un muchacho encantador, pero está amarrado con Eva. Ella es muy atrayente, pero tan infantil..., sin ninguna experiencia y voluntariosa.

—Tiene usted razón: ¿qué motivo había para que de improviso perdiese la chaveta, porque usted tenía que venir a la ciudad? —La voz de Allen resonó afligida—. Me desagrada que se conduzca tan descortés. Y en todo caso —añadió

desafiante—, si me agrada su compañía, eso es cuestión mía.

—Es eso a lo que yo me refería; es una lástima. Creo que, en realidad, Eva está celosa. —Y diciendo esto, oprimió la mano de Allen que sujetaba el volante—. ¡Cuánto siento que tengamos que ir a la estación; la tarde se presta para pasear!

—¿Qué le parece que en los próximos días realicemos un paseo? —indicó Davis con vehemencia—. ¿Mañana en la noche? Podíamos ir a bailar al Water Gap; en el Casino está actuando la orquesta de Harry Elton.

Su fervor juvenil comunicó un secreto brillo a los ojos de su compañera.

—Sería agradabilísimo, Allen... Solamente que creo que mañana usted y Eva deben asistir a un torneo de natación que se celebra en la piscina de los Marlton. No quiero ser un estorbo en sus compromisos...

—¡Ah, de veras! —El joven pronto recobró su aplomo, y continuó—: No, esa reunión no tiene tanta importancia, Eleanor. A la piscina de los Marlton podemos ir cuando lo deseemos.

—Muy bien; entonces, mañana —convino la señora Munson—. ¡Encantada!...

Permitió al joven que colocara su brazo alrededor de su talle y aspirara el perfume que usaba. Inclined hacia él, su oscuro y brillante cabello descansaba sobre el hombro de Allen. Pero cuando los labios de este, impulsivamente, buscaron las mejillas de la señora Munson, esta se separó.

—Recuerde que está conduciendo. Allen —lo regañó suavemente—. Y observe que ya estamos en el pueblo. La gente nos mira.

Había una distancia de poco más de once kilómetros desde la mansión de los Hanna hasta Boyleton, y cuando llegaron aquí eran las 10 y 30. Esta comuna tenía cinco mil habitantes, y, aunque existía cierta animación en ella, era tranquila; servía una región de hacendados conservadores y

zonas ricas. A pesar de la hora, la calle principal ostentaba animación.

—¿A qué parte debo conducirla? —preguntó Allen—. La dejaré donde usted me indique.

—Vamos directamente a la estación —contestó la joven—. Necesito despachar un telegrama, si es que todavía está abierta la oficina del telégrafo. Los almacenes adonde debo ir quedan muy cerca de allí.

—Dudo que pueda usted despachar su telegrama esta noche —replicó su acompañante—. Sin embargo, podemos dejar la camioneta en la playa de la estación y encontrarnos allí cuando hayamos terminado nuestros asuntos.

La suposición de Davis resultó exacta. No sólo la boletería estaba cerrada, sino también todas las oficinas de la estación. Dentro, una luz encendida durante toda la noche y afuera dos débiles focos, no disipaban enteramente la obscuridad. Situada a dos cuerdas del sector comercial, como muchas estaciones de pueblos pequeños, esta era de piedra y tenía una fea marquesina de pizarra. A la izquierda de la oficina estaba la raída sala de espera, con los típicos bancos largos apoyados contra las paredes, la cabina del teléfono y el puesto de periódicos. En el lado derecho estaba la sala de equipajes. Más allá se encontraba el galpón de la carga, y frente a ambos edificios había un toSCO andén de madera y una acera de grava para las carretillas. Por un camino de asfalto se penetraba, a la izquierda, a una amplia playa destinada a los carruajes. Este solar terminaba en un terraplén de césped y arbustos, paralelo a una calle situada a mayor altura, y a la cual se penetraba subiendo una angosta escalinata.

Los focos de la camioneta indicaron la existencia de sólo dos carruajes más en el espacio reservado a estos. Allen se detuvo en el bajo, a cierta distancia de ellos, y enseguida apagó las luces.

—Parece que mi mensaje tendrá que esperar —comentó la señora Munson—. Mientras efectúa sus diligencias,

Allen, ¿podría hacerme un favor? Creo que dispondrá de tiempo.

—Cualquier cosa por agradar a usted —contestó Davis, con irónica deferencia.

—Deténgase en el restaurante Old Forge y pregunte el precio por una comida para diez personas. Pregunte también cuál sería el menú correspondiente; quiero que todo sea de lo mejor. Debo retribuir algunas atenciones, y deseo dar una sorpresa a Beatrice.

—¡Diantres! Es muy tarde para un pedido semejante; pero de todas maneras lo averiguaré.

Ambos bajaron de la camioneta y subieron a la acera. La señora Munson se despidió inesperadamente, y partió hacia su izquierda, alejándose del centro de la ciudad.

—¡Cómo! No es ese el camino que debe usted tomar para la calle Principal... —exclamó Davis, indicando al mismo tiempo la dirección correcta—. Los almacenes se encuentran por aquí.

—Lo sé; este es el punto donde nuestros caminos se separan. —Eleanor rio de buena gana ante la evidente sorpresa de su amigo—. No se preocupe, Allen; no me perderé. Y regresaré antes que llegue el tren.

Fue esta la historia que más tarde contó Allen Davis cuando empezó la investigación del crimen. Él sostuvo que la señora Munson lo abandonó sin ninguna otra explicación, y que desapareció en la obscuridad antes que él doblara la esquina. Apresuradamente, efectuó todas sus diligencias en el tiempo preciso, y aun así, cuando Allen regresó a la estación, eran las once y un minuto. Pasó bastante cerca de la camioneta como para darse cuenta que la señora Munson no se encontraba sentada dentro. Por esta razón, siguió hacia el andén, con la esperanza de encontrarla; pero tampoco estaba en ese lugar, lo cual le causó una fugaz molestia, aunque no más que esto, puesto que no existía motivo para intranquilizarse.

La estación tenía ahora mucha mayor animación que a la hora en que habían llegado. El tren de las 11 y 05 que salía de Filadelfia a las 10 era el último del día. Y Boyleton era la última estación, el término de una línea indirecta y tortuosa que pasaba por Landsburg, desde donde se bifurcaba como ramal de la línea principal. Por esta línea del ferrocarril Reading, Filadelfia se encontraba a una distancia de sesenta y tres kilómetros; y los pasajeros eran empleados, abonados y personas que habían pasado el día en la ciudad. A muchos de ellos los esperaban sus familiares o amigos. Había ahora por lo menos diez automóviles más depositados en la playa de la estación, y los choferes y demás personas esperaban en el andén. La señora Munson aún no había regresado cuando apareció el gigantesco y deslumbrador foco de la máquina. El tren era eléctrico, y traía sólo tres coches; pero, por venir uno de estos vacío, se detuvo en el tope, penetrando en la obscuridad, más allá del galpón de la carga. Al aproximarse a la playa, disminuyó gradualmente la velocidad hasta detenerse.

Davis apenas conocía al doctor Connell, pero, en medio del alboroto de la llegada, en un principio no pudo distinguirlo. El doctor Connell fue uno de los últimos pasajeros que descendió del tren y conducía una enorme maleta.

Era buen mozo, de treinta y cinco años, más o menos, carilleno, atlético y dinámico. Sus ojos eran profundos y de mirar resuelto; su boca sensual, relajada por falta de sobriedad, y su cabello rubio, escaso solamente en las sienas. El encanto que irradiaba de su persona ocultaba su egotismo, y ese encanto, agregado a sus ademanes de natural dominantes, explicaba tal vez la popularidad de que gozaba entre su clientela femenina. Vestía impecablemente, aunque sin afectación, traje de gabardina color marrón, zapatos de *sport*, camisa rayada y sombrero de fieltro gris.

Los dos hombres se estrecharon la mano, y el médico expresó su reconocimiento al joven por la atención que le dispensaba.

—Me alegró mucho el poder venir, doctor —respondió Allen, cordialmente—. Sin embargo, tendremos que esperar algunos minutos antes de partir a casa. La señora Munson, huésped de la señora Hanna, ha venido conmigo a hacer unas diligencias. Hemos convenido en encontrarnos aquí, pero se ha atrasado un poco... ¿Conoce usted a Eleanor Munson?

—¿Munson?... —repitió dudosamente el doctor Connell—. Me parece que no.

—Es una señora divorciada sumamente atractiva —explicó Allen—. La señora Hanna la ha tenido hospedada en su casa durante todo este mes. Es una joven sensible y sofisticada.

—¿Ah, sí? —comentó distraídamente el doctor Connell—. ¿Cómo está Oliver Hanna?

—Aparentemente muy bien; sólo de vez en cuando se queja. Me imagino que en el campo, alejado de los negocios, se repondrá pronto.

El doctor frunció los labios y enseguida dijo:

—Es la presión de la sangre que no anda bien, y su peso exagerado perjudica al corazón. Bueno, pronto veré cómo anda eso. Y supongo que Eva y usted están inflamando el campo, ¿verdad?

—No..., no exactamente —contestó Allen, de mala gana, e inmediatamente cambió de tema.

Continuaron conversando de cosas al acaso, y mientras tanto, el andén se iba despejando, los motores se ponían en marcha y los coches partían. Cuando quedaron solos, Davis consultó su reloj.

—Las once y cuarto —exclamó—. Mejor es que nos sentemos en la camioneta, que está aquí mismo... No me imagino qué puede haber retardado tanto a la señora Munson.

Por primera vez el tono de su voz demostró un dejo de inquietud. Tomó la valija del doctor Connell y ambos atravesaron el espacio reservado para estacionamiento de coches.

—¿A dónde dijo que tenía que ir la señora Munson? — averiguó el doctor.

—Esa es la cuestión; no dijo dónde iba. Cuando supo por la señora Hanna que alguien vendría a la estación a esperar a una visita, pidió que quien viniese la trajese al pueblo un poco antes de la hora de llegada del tren. Ha venido conmigo en la camioneta; pero no indicó el motivo por el cual venía. La señora Hanna quería que yo le hiciese varias diligencias y salimos de casa a las diez y cuarto. Luego, al llegar aquí, fue... ¡Oh, Dios mío!... ¿Qué es esto?...

Allen retrocedió asustado. En ese instante habían llegado al auto y el joven abrió la puerta trasera para colocar la maleta en el asiento posterior. Mientras se inclinaba hacia adelante, distinguió en el suelo, entre él y el banco del medio, un bulto oscuro, hacinado en un montón deforme.

—¿Qué sucede? —preguntó el doctor Connell, alarmado por la repentina agitación de Allen.

—Algo..., hay alguien aquí dentro..., sobre el piso — tartamudeó el joven.

Enseguida también el médico vio la masa inerte y tenebrosa que insinuaba un traje de mujer. Ahogando un juramento, subió a la camioneta y procuró levantar aquel montón. Era un peso muerto que forzaba sus músculos y resultó ser el cuerpo encogido de una mujer. Con la ayuda de Allen, la apuntaló en los cojines de cuero y la sentó.

—¡Dios santo! ¡Es la señora Munson! —exclamó Allen Davis—. ¿Qué es lo que le pasa? ¿Se ha desmayado?

—Todavía no lo sé —dijo Connell, duramente—. Encienda todas las luces del automóvil, por favor, y trate de conseguirme un proyector. —Encendió un fósforo y alumbró el descolorido rostro de Eleanor Munson. Enseguida Allen encendió la luz del interior de la camioneta. Mientras el doctor efectuaba el respectivo examen, el joven buscó frenéticamente en el gabinete interno en su afán de encontrar un proyector.

—¡Qué suerte ha sido que usted me haya encontrado aquí, de manera de poder suministrarle inmediata!...

Súbitamente se dio vuelta, extendió sus manos y exclamó horrorizado:

—¡Doctor, está ensangrentada!... ¡Todo su cuerpo! ¡La han herido terriblemente!

Louis Connell suspiró y miró al joven sombríamente.

—Sepa, Allen, que esta mujer está muerta. Ha recibido una herida de arma blanca en el corazón. Y el cuchillo no está en la herida... Según todas las apariencias, se trata de un asesinato.